

CHEMA

LOS
Puntos
DE FRANCISCO MARTIN LOSA

Estreno ruidoso de nueve canciones y un poema



Estoy un poco harto. La gente importante nunca está en casa; la gente importante nunca se halla en ninguna parte. Les llamas por teléfono y te sueltan: "Esta noche el señor tiene una cena de compromiso". A lo mejor te consuelan: "Sí, señor; el señor me comunica que tiene muchas ganas de hablar con usted, pero tendrá que ser dentro de un mes". Y hasta puede ser que sea gente que te salta: "Mándeme un cuestionario de preguntas y ya le contestaré por escrito". Está visto, definitivamente, que la gente importante no existe. Los que tienen "coctail" de compromiso, los que te piden un cuestionario de preguntas, los que te aplazan la entrevista no son gente importante. Son escurridizos y con los escurridizos no hay quien haga periodismo.

—Te lo digo yo, Cema, que hevo metido en esto una porción de años intentando saber por dónde se empieza en esta profesión y no hay quien se entienda.

Este Cema es un pequeño mito entre sus gentes. A veces pienso que en este país no hay más que estrellas y estremitas, ídolos e ídolitos. Yo quisiera preocuparme a ustedes —una mijaja el gustan— en esa simple preocupación salida de la página que hoy reanudo: la vida de los que siempre parecen vivir en el mito, la hora humana de aquellos que siempre parecen aparcados en el mármol de la fama, el sueño nítido de quienes siempre parecen velar una armadura relumbrante en el patio de la celebridad.

A Cema se le ponen los ojos serios. Otros a su edad dirán que ya aprobaron su carrerita, pero él se ha ido por otros avatares de la vida. Y es que la vida es como un perro, que nadie sabe cuándo va a cruzar la calle. Luego, luego está lo de la profesión.

—Porque dime, Cema, ¿es una profesión esto de la música?

Echa las ideas, las recoge y las suelta:

—Una profesión de las difíciles; mira que a mí nunca me da miedo ver el toro de la vida delante de las narices, y ahora estoy que no me tengo a unas horas del estreno. No sé; he metido a tanta gente en esto que no quisiera defraudar a nadie.

Yo creo que Cema es un escurridizo social, con una gran carga de talento sobre los hombros, un posadero de mal asiento que el día menos pensado se larga con la guitarra a recorrer continentes. Ni se pasa por loco, ni por snob, ni por intelectual, ni por meningítico. En cierto modo no es más que una excelente versión de sí mismo.

—Y, ¿por qué haces esto?

—La música es mi vida, la razón de mi vida. Cada uno lleva su alma en el armario. No todo son alambres y cantas y glorias. Lo que pasa es que la canción tira. Es un imán, un pelizco muy grande para dejárselo olvidado en el andén. Ahora he compuesto y escrito nueve canciones y me cabe la satisfacción de estrenarlas en Logroño, en mi tierra. Son canciones melódicas y lentas, un poco rápidas, un poco tristes, un poco suaves, donde se respira alegría, fuerza, amargura, vitalidad, soledad y desesperanza.

Este Cema es un ser vivo. Se mueve, habla con fe en sus palabras y el viento de la mala suerte no le ha arrebatado el luchar por lo que es justo y le gusta. Porque si el dinero tiene mucha fuerza, las razones, pienso yo, deben tener más. Ha pasado su poco de hambre, se ha peleado con su familia, con sus amigos, para hacer lo que a él le gusta: cantar.

—Oye, y, ¿cuál es tu papel en la música?

—Es un mundo chiquito, pero íntimo, muy personal. Por medio de la música te comunicas con la gente. Porque, ¿tú sabes lo que es poder hablar a mil personas desde un escenario? ¿Te lo imaginas lo feliz que se hace a la gente? La música es un apoyo espiritual. Me han dado muchos batacazos y los que me seguirán dando y yo sigo a lo mío. La música —que es arte— tiene que reflejarse en la vida. Muchos andan por ahí medio vacíos, consumidos por los problemas de nuestro mundo; cuando un hombre se da cuenta de que no existe por dentro y quiere existir y no puede, se produce un tremendo desequilibrio. La música es una excelente medicina. Yo que llevo el corazón lleno de música aprendo a vivir por la música y para la música.

—¿De qué huyes tú?

—De la hipocresía de muchos que te dan la espalda cuando te ven caído. Es el juego de la vida que a mí no me va. Se puede estar arriba o abajo; a fin de cuentas es lo mismo. ¡Ah...! pero dejarte tirado en la cuneta me produce amargura y tristeza. Soy un hombre con mis inquietudes, con mis problemas y con mi drama dentro, eso es verdad y fiel hasta el final, aunque no me guste.

—Sí, sí; pero vosotros, los artistas, mucho quejarse y luego cambiáis cuando llegan las vacas gordas...

—Hay artistas y artistas, como hay verdades y verdades, que son las mismas, pero parecen más gordas. Todo se salva con dos cosas, con dos actitudes: cuando se tiene fe firme y fuerte y se levantan los ojos hacia Dios y se les ve y cuando en la tierra das con amigos. Lo otro, lo que queda no vale nada, casi nada.

Suenan guitarras y coros. Las guitarras se oyen dentro. Cema las oye sin oírlos y tamborilea sobre la mesa. Enfrente, el coro suena bien, entre los nervios y el miedo de un maletilla.

—Y, ¿la inspiración? ¿Dónde está la inspiración?

—Es una luz repentina que se mueve y echa a rodar por dentro con ideas, palabras y notas. Esto de ahora ha sido una larga preparación, como un largo e intenso entrenamiento. En estas canciones se mueve lo bueno y lo malo. Y todo me ha servido para interesarme por la vida, por el mundo, por la gente...

—Y al final, ¿qué quieres conseguir?

—Quiero conseguir ese atractivo que tanto cuesta: el que te pega la vida cuando la quieres vivir, la libertad cuando la quieres ejercer y el amor cuando quieres quemar todos sus impulsos en unas horas. Y al final, después de todo, un sitio, un pequeño sitio en la música, en ese difícil pentágono de ser útil, soltando canciones para felicidad de todos.

—Y, ¿dónde quedan las penas?

—Se olvidan en el rostro y van con nosotros en el equipaje, junto a las letras, a las corbatas y a los zapatos, viviendo lo duro y lo amargo, dejando un pedazo del alma en cada andadura por esos caminos de Dios.

Este es Cema. Huele a esperanza. Está ahí, a un paso de la gloria o a un paso de la derrota. Ahí está, jugando dramáticamente a general, cuando no pasó de soldado raso en la mili; a general de ese extraño ejército de locos y soñadores que lo arriesgan todo por unos millones de aplausos y unas pocas pesetas.

Yo diría que muchos sentirán una arruga en el corazón cuando esta tarde haga su presentación en sociedad. Aún «el nuevo Cema» es una incógnita caliente, recién hecha. Por supuesto, tiempo y críticos habrá para juzgar lo digno y lo mediocre, lo notable y lo chavacano. Yo sólo intuyo marejadilla en los aguafiestas y caras largas en los conservadores. Como a lo mejor se habla mucho de la cosa y hay su meneo, quisiera ofrecerles —con permiso del autor— la primicia de su poesía agria, tierna, verdadera:

"Sé que morir no importa cuando se vive muriendo. Con las manos quemadas del fuego del alma sin saber lo que pido en silencios callados.

Con el alma vacía de risa y de llanto sin vivir no sé dónde sin dudar no sé cuándo".

Yo no quito ni pongo, pero me parece honrado advertir que Cema cuenta algo de lo que es. No todo lo que es...



Foto Herce